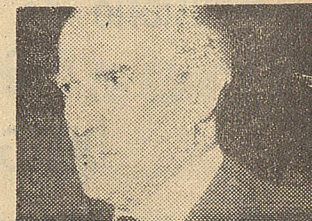


Crónica Literaria

Por ALONE



EL PBRO. DON FRANCISCO DONOSO

Una bella misión noblemente servida, toda la existencia pareja a la misma luz espiritual, sin estridencias exteriores, sin ambición extraña a su papel, sumiso y firme, el decir modesto y esa como transparencia de una figura en consonancia con el hábito sagrado y las virtudes como veladas, vueltas hacia el reino invisible hacia donde tendían armoniosamente échan sobre la memoria del presbítero don Francisco Donoso (q.e.p.d.) una claridad que los tiempos presentes hacen parecer antigua, casi nostálgica.

La pureza de su poesía y una cultura de singular fineza, manifestada en la crítica y el ensayo, le valieron honores académicos que no ostentaba y por los que nunca luchó, de los que acaso a sus horas, le ocurría sonreír apaciblemente, no sin gratitud.

A su partida silenciosa, como seguramente la ambicionaba, los pocos que compartieron su intimidad y sabían comprenderle creen todavía escuchar su voz en uno de sus poemas, las cuatro estrofas sencillas y penetrantes que traen el eco de su lejana música apenas apagada por la distancia, por donde pasan los recuerdos, el campo y "el largo silbido" que viene del pasado.

¡este largo silbido lejano del tren!
me ha traído una suave, sutil resonancia

que despierta un aroma, que me abre un edén,
es la voz que me llama de nuevo a la infancia
este largo silbido lejano del tren!

Y sinirme, te sigo, silbido infinito,

por la vaga añoranza de azules paisajes
donde el eco del alma prolonga tu grito.

Escuchándola emprendo fantásticos viajes

y, sinirme, te sigo, silbido infinito.

A través de las gasas flotantes de abril,

reconozco mis campos, mis bosques, mis ríos
y la blanca casita de airoso perfil;

¡Oh virtud milagrosa del silbo de rocios
a través de las gasas flotantes de abril

¡Oh virtud milagrosa del silbo del tren!

Al oírlo, horizontes de niño me llevo:

¡cuántas cosas queridas, sin verlas, se ven!

¡cuántos años ya muertos se viven de nuevo!

¡Oh virtud milagrosa del silbo del tren!

La vida se renueva tumultuosamente, caen muros seculares y el torbellino invade los recintos santos, formas destinadas a perduración eterna se desahacen arrastradas por el alud violento, nuncio de catástrofes que la fantasía no osaba imaginar.

El mismo que entonaba ese cántico hélo aquí enmudecido, ya sin boca.

Pero el acento en que una hora feliz le arrancaron las viejas memorias sigue resonando todavía y embellece el aire pasajero, le presta una dulzura que en otros ámbitos sería difícil encontrar y envuelve una misteriosa promesa de retorno.

Ahí está.

Diríase pensado para acompañarle en esta hora, creador de paisaje, cargado de espíritu, simple e imperecedero. Lleva sin duda el alma del poeta y, al trasportarla, nos deja su mensaje de castos rocios, entre ríos y bosques, añorante de "cuántas cosas queridas" que "sin verlas se ven", por la virtud milagrosa de infantil melodía que al prolongarse incita al oyente a fantásticos viajes.

¡Oh virtud milagrosa del silbo de un tren!

"LA COMPAÑIA DE JESUS"

Por Sergio Fernández Larrain

Los lectores que hayan seguido la

polémica provocada por el trabajo de don Sergio Fernández Larrain sobre la Compañía de Jesús, asunto más actual de lo que algunos piensan, leerán con interés su réplica al P. Jiménez recientemente editada en un folleto.

Por lo demás, todos sacarán provecho de ella.

Provisto de un arsenal inagotable y armado de una paciencia que, hablando con moderación, merece llamarse infinita, el señor Fernández examina y desahace minuciosamente los argumentos de su contradictor y los reduce a su justa medida. Es decir, a cero.

No parece fácil ni resulta frecuente hallar en nuestra época apresurada esa erudición de cuño antiguo, sólida y puntual, apoyada en textos incontestables y que las máximas autoridades corroboran.

En el fondo de todas, como cimiento, la de Su Santidad Clemente XIV, que extinguió la Compañía "asistido por el favor y la inspiración del Divino Espíritu", como dice su Breve, fechado el 19 de abril de 1758.

Desde allí hacia atrás y hacia adelante, hasta el presente inmediato y chileno, las repercusiones de la resolución papal hacen surgir trozos de historia, iluminan figuras señeras y explican acontecimientos cuya trascendencia pública o recatada experimentan y, a menudo, sufren aún quienes podrían juzgarse más distantes de ellos.

Es lo que confiere al caso anecdótico su vigencia y la enseñanza útil que encierra.

"FUEGO EN LA FRONTERA"

Por Salvador Reyes (Arancibia).

Antes de abordar la lectura o el comentario de este libro, tal vez no estaría de más plantearse una cuestión previa y hacerse la pregunta de si el patriotismo, el amor a la tierra natal, a la ciudad en que se vive, a la casa que se habita, se halla o no en decadencia.

Creo que basta esta enumeración

de amores y ver los golpes sistemáticos que socavan el último, sin duda su núcleo fundamental, para formularse muchas otras interrogaciones y orientarlas, esclareciéndolas.

Como en la raíz de la palabra patria encontramos a los padres, la genealogía de patriotismo debe buscarse en esa identificación natural, espontánea, irresistible, mental y sentimental, del propietario con su propiedad, del yo y sus circunstancias.

Ahí empieza el instinto defensivo y conservador. Y ahí, justamente, empieza sus ataques el anti-conservador, siguiendo la línea del que acuñó la frase: "La propiedad es un robo".

Con lo cual muchas otras líneas se cortan o tuercen rumbo para convertir un sentimiento en un cálculo, un amor, con cuanto implica de irracional y profundo, en un negocio utilitario, en una repartición de bienes materiales.

No cuesta entender, mirado a esa luz, el debilitamiento patriótico y la hostilidad al Ejército, que lo encarna. ¿Hay algo menos razonable y comercial que el heroísmo? El que da la vida por la patria no puede recibir nada; ha muerto. Por tanto... Por lo demás, las declaraciones doctrinarias de los extremistas ahorran la exégesis del anti-patriotismo.

Sin meterse en esas honduras complejas, Salvador Reyes se limita a poner el dedo en la llaga de nuestras debilidades internacionales mostrando con hechos, notas y personas la poca resistencia de Chile ante los avances impetuosos y sostenidos del vecindario, que ha logrado imponer al mundo una imagen exactamente al revés de lo que somos y tal que ningún chileno la reconoce.

A eso se le llama talento diplomático y mirada amplia hacia el porvenir.

Hay que leer y difundir la lectura de este libro doliente y reconfortante, franco y valeroso, de un bello desinterés personal, todo apasionamiento vuelto hacia la elemental defensa propia

y la conservación de un territorio multilateralmente amagado.

Alejado largas temporadas de Chile por sus aficiones de navegador, su gusto de los países exóticos, que la carrera diplomática le ha permitido satisfacer y que ha enriquecido su carrera literaria con valiosos elementos, Salvador Reyes prueba al lanzarse a esta batalla contra la corriente que la distancia material le ha dado una visión más honda y más vasta de nuestros problemas nacionales, intensificando al mismo tiempo su apego entrañable al terruño, el amor a la casa de sus padres y de sus hermanos, el instinto sagrado de la dignidad común.

Cada uno de los capítulos de "Fuego en la Frontera" arde con ese fervor idealista e ilumina los episodios que hacen cada vez más temible su repetición, cuesta abajo, hacia el desmembramiento.

El consumado periodista que hay en Salvador Reyes va derecho a la actualidad candente y dedica las últimas páginas de su obra, hecha con vibrante rapidez, al episodio de un teniente de la Armada cuyas declaraciones llamaron la atención pública por su actitud respetuosa y enérgica tanto como por la concisa serenidad de sus expresiones, en que no hay nada de más, ni nada de menos, reveladoras de un escritor de raza y que pintan un carácter. El contraste que ahí pone de relieve entre la política argentina y la chilena resulta violento. E inexplicable, o ¡ay! demasiado fácil de explicar, el silencio que ha seguido al incidente. "Mientras el Gobierno chileno destituye al oficial que se acerca a una base militar argentina, el Gobierno del Plata premia, ascendiéndolo a General, al Jefe de la Gendarmería, responsable del asesinato del teniente de Carabineros Merino (A quien Reyes dedica su libro)... Y para colmo, en este año de 1968, el Gobierno invita oficialmente al mismo Alsogaray a las fiestas en celebración de la batalla de Maipú".